

Cada vez hay más migrantes latinoamericanos en Estados Unidos a pesar de las políticas, sobre todo del gobierno texano, que pretenden detener esa ola creciente. El gobierno de México ha propuesto a Trump y a Biden que se promuevan las inversiones capitalistas en los países más pobres de América Latina como la mejor forma de detener dicho fenómeno que tiene principalmente causas económicas. La idea es que, en lugar de que los migrantes vayan hasta Estados Unidos a conseguir “empleo”, mejor que los inversionistas les pongan las empresas y los “empleen” o “exploten” en sus lugares de origen. No deja ésta de ser una opción práctica y mitigante dentro del sistema capitalista y la superconcentración de la riqueza que éste produce.

Los gobiernos de “izquierda” que han llegado al poder a través de los procesos electorales se ven en la necesidad de tratar de arreglar y moderar -en lo posible- el sistema de explotación capitalista, causa principal de la corrupción, la depredación de la naturaleza, las adicciones y la violencia. Paliativos transitorios que no tardan en ser desbordados por la dinámica inherente al sistema. Así, estos gobiernos generan esperanza y sensación de pequeños e insuficientes avances para una población añejamente diezmada por la pobreza económica, postergando un cambio esencial que supere dicho sistema de explotación.

Mientras en América Latina se busque acrecentar las opciones de “empleo” la pobreza seguirá extendiéndose numéricamente, aunque se mitigue para evitar que sea explosiva o revolucionaria. En ese esquema ideológico, nuestras instituciones educativas seguirán empeñadas en capacitar buenos “empleados”, que no sean problemáticos o críticos, siempre dependientes de que alguien, un empresario, los organice y les ordene lo que deben hacer laboralmente. Si ese empresario, por lo mismo, no lo encuentran en su propio país, pues lo van a buscar a los países ricos.

En efecto, los docentes están concebidos como patronos o jefes que “emplean” transitoriamente a sus estudiantes, en mucho asignándoles actividades que no tienen sentido para los aprendices a cambio de una calificación aprobatoria, de manera análoga al salario que reciben los trabajadores por hacer trabajos que no les interesan y que, por lo mismo, no tienen una motivación intrínseca. El trabajo se concibe como algo pesado, desgastante, desagradable, como mucho de lo que se hace en la escuela. Irónicamente, se les “prepara” para esa enajenante vida futura.

Para que los pueblos de América Latina salgan de la pobreza y, por tanto, no necesiten emigrar, es necesario que en nuestros países se desarrollen tecnologías cada vez de más alto nivel, aprovechando todas las que existen en el mundo, pero con mayor compromiso con las necesidades sociales y cuidando los bienes naturales. El proyecto económico debe ser intercambiar productos elaborados en cada país con los que se desee importar de otros, pero no solamente importar tecnologías de los países ricos a cambio de bienes naturales, mano de obra barata y los estupefacientes que en aquellos países cada vez requieren más por la ansiedad que les provocan sus rutinas laborales, el individualismo, la obsesión consumista y monetaria, y, sobre todo, los crecientes sentimientos de desolación por la dilución de los procesos afectivos.

Mucho de la reserva estratégica de los pueblos latinoamericanos reside en sus históricos procesos afectivos y en la riqueza que proviene del mayor mestizaje biológico y, sobre todo, cultural que ha existido, a pesar del sometimiento en el que hemos vivido como pueblos durante más de 500 años. En este Siglo XXI, es tiempo de que florezcan las culturas latinoamericanas a través de cambios esenciales en la vida

social, económica, política y educativa.

Necesitamos formar empresarios, emprendedores, cooperativos. Es necesario formar docentes y desarrollar planes y programas escolares que valoren y combinen en las aulas la diversidad de talentos, intereses y vocaciones de sus estudiantes para organizar y realizar proyectos de incidencia social relevante, que los vinculen afectiva y técnicamente con las comunidades en las que quieran y puedan influir.

En este número de Simbiosis, precisamente se abordan los niveles de ansiedad y estrés que viven estudiantes y docentes desde siempre y que, ahora, se han acentuado por todas las implicaciones que tuvo la pandemia de Covid19 sobre todo durante 2020, 2021 y 2022, con efectos que están muy presentes en 2023 y se mantendrán durante varios años. Los estudiantes y docentes estuvieron más de dos años en confinamiento, viviendo zozobras y graves pérdidas afectivas. Con mucha dificultad y sin suficientes capacidades técnicas y económicas trataron de mantener la vida escolar a través de las pantallas de computadores y teléfonos celulares. Sometidos -como desde hace años- a los aburridos y absurdos modelos educativos occidentalistas, tuvieron que alcanzar calificaciones aprobatorias sin poder convivir con compañeros y amigos y cambiar de escenario entre la casa y la escuela. Los padres de niños pequeños improvisaban para ayudarles en tratar de aprovechar los estereotipados contenidos, mientras los docentes hacían malabares para captar la atención y el interés de los educandos. Las conexiones laborales y escolares se interferían en casas pequeñas. La ansiedad y el estrés crecieron junto con los conflictos interpersonales y el crecimiento de las tendencias adictivas, entre otras psicopatologías. Muchos abandonaron la escuela.

En ese contexto, el psicólogo argentino, Horacio Maldonado, de manera interesante propone como técnica psicoterapéutica general: las Psicocaminatas, que recuerdan al Liceo de Aristóteles y los peripatéticos que aprendían del maestro mientras caminaban por jardines en un diálogo abierto. Cambiar de perspectiva, hacer un ejercicio moderado y, sobre todo, compartir vivencias y diálogos es una gran aportación a las herramientas psicoterapéuticas que, además, podría ser también aplicada en ambientes educativos innovadores, mientras haya la posibilidad de recorrer un espacio suficientemente amplio, agradable y seguro.

Más que el encierro y la monotonía, la soledad genera ansiedad elevada y constante. Dice la segunda ley de la Teoría de la Praxis: "Un significado crece y se mantiene en la medida en que se comparte". Esto incluye al Yo, a la identidad personal. Se requiere de compartir con personas de diferentes perspectivas y cercanía emocional para que la triangulación permita la precisión de sentimientos, ideas y acciones.

Es necesario un cambio esencial simultáneo en las dinámicas educativas y económicas para la emancipación de los pueblos latinoamericanos y, por tanto, de la humanidad toda. Vamos caminando y compartiendo, a través de Simbiosis.

Marco Eduardo Murueta
Director de la Revista Simbiosis.